

La crisis de Ceuta



Ángel Tafalla

Durante cierto tiempo he estado dudando sobre ventilar mis ideas acerca de la situación en Ceuta por temor a que contribuyesen a agravar la situación antes que ayudar a su resolución. Mi carrera me ha permitido participar en la gestión de varias crisis - nacionales y OTAN - entre las que destacaría la de la isla Perejil por su paralelismo con la actual. Sin embargo esta crisis tiene características propias, que la hacen más difícil de manejar, principalmente por el desconocimiento sobre las motivaciones del presidente Sánchez con relación a Marruecos. Creo que con todo esto en mente nos encontramos ante tres tipos de crisis, dos de ellas simultáneas y otra, futura.

Hace un mes, la violación de nuestra frontera de Ceuta por una muchedumbre igual a la población de la ciudad se presentó inicialmente como una crisis de emigración ilegal hacia España con motivación económica. La política del Sr. Sánchez hasta ese momento trataba de enfocar estos movimientos de personas desde el punto de vista humanitario por causas posiblemente derivadas del intento de lograr cierto prestigio internacional personal. Sacaba Sánchez así provecho de la facilidad con que la opinión pública nacional venía acogiendo la inmigración mayoritariamente hispano-americana, mas fácil de asimilar, que la que viene sufriendo el resto de la UE. Sin embargo, la situación creada en Ceuta -100% de emigrantes ilegales con relación a la población autóctona- hacia dudoso el fundamento humanitario exclusivo. Ingenuamente, se pudo suponer que este movimiento de tantas personas era espontáneo -se especuló con las «mafias»- aunque su origen en Marruecos y su volumen hacían esto dudoso. En todo caso, conforme el tiempo fue aclarando las cosas, la autoría del gobierno de Mohamed VI y sus servicios secretos fue más que evidente a la vez que la crisis mutaba de naturaleza desde emigración ilegal/crisis humanitaria a otra de soberanía propia de las tradicionales reclamaciones irredentistas sobre las dos ciuda-

des españolas en el continente africano.

La conducción de la crisis por parte española debería haber variado radicalmente cuando quedó claro que los movimientos marroquíes nos conducían a un choque de soberanías y por lo tanto a la obligada protección de dos ciudades con unos 160.000 españoles. Pero aquí nos encontramos de nuevo con la incógnita de lo que el Sr. Sánchez tiene en la cabeza sobre la estrategia con Marruecos y que había traído consigo movimientos tan espectaculares como el reconocimiento de la soberanía alauita sobre el Sáhara Occidental pese a la consiguiente pérdida de prestigio internacional de España. Y este desconocimiento es el que convierte en única esta crisis: que no sabemos el fin que persigue el responsable último de nuestro bando. Por esto, he llegado a una melancólica conclusión: esta crisis está perdida. Habrá que minimizar daños (= traslados a la Península), adoptar alguna represalia y sobre todo aprender para que

ritario que explote nuestros ideales humanitarios para atacarnos manipulando sin misericordia las aspiraciones de su población, tan desesperada por mejorar su situación económica y social que arriesga la vida de sus hijos menores. Nuestra Constitución contempla tres regímenes de excepción y adicionalmente deberían emprenderse modificaciones legislativas. El estatus de nuestras Fuerzas Armadas para actuar legalmente respaldadas, ante situaciones como la planteada en Ceuta, con los recursos orgánicos que le son propios, debiera ser también actualizado junto a una previsión de Reglas de Enfrentamiento adecuadas. Y el apoyo logístico a las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado a desplegar en Ceuta y Melilla debe ser mejorado al mismo tiempo que se practican estas situaciones. Internacionalmente, deberemos ser capaces de explicar a la UE que una debilidad de España es una debilidad de todos y que el tener dos ciudades europeas en África nos



RAÚL

la próxima crisis con Marruecos, que probablemente sea de análoga naturaleza aunque mayor entidad, no acabe peor. Hemos perdido porque el gobierno marroquí ha demostrado que puede traspasar «pacífica» e impunemente -otra vez- las fronteras españolas terrestres sin miedo a represalias; esperemos que no siga algún día con las marítimas de Canarias. Pero España -Ceuta y Melilla incluidas - sobrevivirá aunque sea a costa de trasladar emigrantes ilegales a la Península. Saldremos doloridos pero intactos. Lo esencial es aprender y estar preparados para que no pueda volverse a repetir esto de utilizar la emigración despiadadamente para atacar nuestra integridad nacional. En un futuro inmediato -cuando logremos cambiar democráticamente al Sr. Sánchez- habrá que estar preparado para suspender garantías constitucionales local y temporalmente -ante un adversario auto-

ofrece horizontes nuevos. A la vez, preparar las futuras represalias económicas y comerciales contra Marruecos explorando especialmente las posibilidades que ofrece Argelia al respecto. Lo único positivo que podemos sacar de esta amarga experiencia en Ceuta es la necesidad de identificar las lecciones que hemos aprendido, como siempre con dolor, centradas en los campos legislativo, logístico e internacional, junto a la esperanza que unas próximas elecciones nos traigan un nuevo gobierno que sepa explicarnos cómo piensa defender a nuestros ciudadanos empezando por los más expuestos y demuestre menos ineptitud ante las crisis que sin duda se le presentarán durante su mandato.